

NUEVA ZELANDA: OLAS DE ENSUEÑO EN LA TIERRA MAORI

Llegó el día “señalado”, debía embarcarme en el avión para seguir mi camino hacia nuevas tierras, el próximo destino era ni más ni menos que la tierra de los Maories, un pueblo de guerreros con la cara tatuada que llegó hace unos mil años desde algún lugar del Pacífico. Bautizaron su tierra como Aotearoa (Tierra de la Inmensa Nube Blanca) donde conviven con varias generaciones de emigrantes procedentes principalmente del los Mares del Sur (Polinesia, Melanesia, Micronesia...), de Asia, y los omnipresentes descendientes de la colonia británica que imponiendo su cultura llamaron al país New Zealand (Nueva Zelanda).

He oído hasta la saciedad que “Australia es la anciana reina de las antípodas, pero Nueva Zelanda su más bella princesa, hija preferida de los vientos y de los océanos”. Esta afirmación coincide a la perfección con los comentarios de surfistas y viajeros que me iba topando a lo largo de mis viajes, todos se hacían lenguas de esa joya en bruto apenas explotada, lo cual debería haberme dado motivos para esperar con ansias la llegada a tan afamado lugar, pero no fue para tanto. En Australia vivía muy a gusto y al igual que en el resto de los países previamente visitados, se me hacía duro el hecho de emprender un nuevo rumbo dejando atrás tan inmensa ráfaga de buenos amigos, innumerables olas por surfear y tantas cosas por conocer y descubrir. A todo ello se le sumaba el malditísimo esguince que aunque poco a poco se iba curándose, seguía dando guerra sin permitirme surfear o hacer grandes esfuerzos, por tanto aproveché los últimos días en Australia para hacer algo de turismo por la zona tropical de la costa este. Durante varios días perdí el contacto con el clan surfero y terminé rodeado de aborígenes y lugareños habituados a esa pegajosa humedad tropical, que tan feliz hace a los cocodrilos, serpientes, inglesonas desbocadas en celo, y a esa multitud de insectos tamaño murciélago que no dejaba de pasearse como Pedro por su casa por la cocina, las habitaciones o los baños de los albergues en los que me encontraba temporalmente instalado.

El avión que salía de Cairns con destino Auckland (capital de Nueva Zelanda), sobrevoló a poca altura la costa este australiana y entre el paisaje de cirros se divisaba la Gran Barrera de Coral. Esta vista aérea ha sido todo un espectáculo para deleite del pasaje, sin lugar a dudas, para mí ha sido la mayor de las maravillas australianas. Después de deleitar la vista con tan sublime paisaje y atragantarme con el menú radiactivo de la clase turista, nos adentramos en las profundidades del Pacífico o como dicen los Australianos y los Kiwis (neozelandeses) en el Mar de Tasmania. Horas más tarde entramos en un espeso mar de nubes negras con algún claro de luz ocasional, y a medida que descendíamos dejábamos atrás el rojo intenso de los últimos rayos de luz y el cielo se cubría de gris. Entre la niebla pude vislumbrar unas ondulaciones en el mar que cada vez se iban haciendo más grandes. De repente aparecieron como por arte de magia enormes montañas teñidas de un verde oscuro y lúgubre que se fundía con el gris de la tormenta. ¡Vaya movida! Por un momento creí que nos adentrábamos en las profundidades del averno. Un paisaje tenebroso, aderezado con rayos, truenos y turbulencias, pasaba de castaño a oscuro en cuestión de segundos. Por fin, y casi a punto de tomar tierra, descendimos a pocos metros de altura y fue entonces cuando algo cambió radicalmente mi estado de ánimo: Las ondulaciones que acababa de ver momentos antes mar adentro, llegaban a la costa convertidas en poderosas olas embellecidas por el viento terrenal, que rompían alineadas a la vera de los acantilados. Se me caía la baba sólo de pensar en las olas que iba a surfear al día siguiente, e instintivamente me puse a dar masajes al pie como un poseso para curar el esguince a toda costa.

Nada más posar un pie en Nueva Zelanda mi gozo en un pozo. Un par de ladillas de emigración me abarcaron a preguntas que repetían una y otra vez incansablemente: ¿que llevas ahí, cuanto tiempo te vas a quedar, seguro que no llevas fruta, comida, bebida, coral, drogas, flores, armas,...? Ciertamente es que al verme llegar medio descalzo, con barbas de varios días, la guitarra en una mano, y una funda polvorienta y batallada, llena de tablas a reventar en la otra, todo eran sospechas... ¡para que querían más! Seguían dando la paliza hasta que improvisé una de indios, y aún así, no paraban de preguntarse que coño buscaba el “hippy” de las tablas, cuando en pleno invierno los únicos españoles que visitaban Nueva Zelanda eran pijos adinerados (de la rama náutica) con intención de ver a los regatistas del “Bravo España” competir en la regata de la Copa de América (para los neozelandeses es el acontecimiento por excelencia, tan

importante como los JJOO, se flipan tanto que a Auckland le llaman la Ciudad de las Velas). Pasaron los chuchos antidroga y anticomida* por encima de los equipajes, mi mochila no aparecía y pensé por un momento “Joder, ya me han pillado las conchas y el coral de Indonesia”... en fin, después de mil batallas y múltiples tocaditas de pelotas en el aeropuerto con las que no quiero aburrirme, la lluvia torrencial fue la gota que colmó el vaso. En esos momentos de presión y de agobios, me daba cuenta de lo lejos que estaba de casa,... nada menos que en las antípodas, pero bueno, había que seguir adelante y no desesperar tan pronto, así que opté por llamar cuanto antes a los amigos neozelandeses que conocí en Indonesia, haciendo así borrón y cuenta nueva. No tardaron en recogerme e instalarme en su casa del “Norh Shore” de Auckland donde por fin tuve una cama.

* (si te pillan comida que no has declarado en aduana, se te puede caer el pelo por negligencia y desacato a la autoridad, ya que intentan mantener un control bacteriológico exhaustivo para evitar la difusión de posibles plagas y epidemias que allí no se dan, a veces hasta fumigan aviones enteros nada más aterrizar)

Eran las 5:45 a.m., no había salido el sol y ya teníamos dos energúmenos en casa despertando a todo el personal para ir a surfear. Acababa de entrar el pedazo de swell que vi desde el avión y la motivada de la peña llegaba a límites insospechados, sin embargo, para mí eran las 2:45 de la mañana (horario australiano) y lo único imaginable al oírles chillar a esas horas era que la casa se nos caía encima. Con el párpado a “medio hasta” agarré una tabla y fui zumbando hasta el jeep donde esperaban para mi sorpresa otros dos amigos neozelandeses que también conocí en Indonesia. Me llevaron por playas y lugares salvajes de la costa oeste, caracterizados por una belleza desmesurada y paisajes bucólicos en los que se podía observar gran variedad y cantidad de vegetación verde y frondosa, que resaltaba de manera especial cuando tenía de fondo las rocas de los volcanes, las playas de arena negra y el azul oscuro del mar. Con toda la buena intención me iban explicando esto y lo otro, que si en esta playa filman la serie de Xena (una guerrera o algo así, con una “personalidad” increíble), que si en esta otra filmaron la de El Piano. Yo mientras explicaban echaba una cabezadita km si, km no. Cada vez que abría la pestaña, quedaba hipnotizado con un pedazo de bosque, una catarata, un río, una playa monumental,... y a sobarla otra vez.

El primer día surfeamos Piha, una playa tan preciosa como peligrosa. En lo alto de las dunas desde las que mirábamos las olas, acababan de plantar dos cruces y varios ramos fúnebres en memoria de dos turistas padres de familia, que el día anterior se ahogaron intentando salvar a sus hijas. Las corrientes allí son fuertes y el tamaño de la mar sube por momentos. Unos corcheros que estaban por allí lograron sacar a las niñas vivas pero por desgracia sus padres no corrieron la misma suerte. La noticia levantó gran revuelo en los medios de comunicación de todo el país, se llegó a cuestionar la labor de los socorristas (que allí encima son voluntarios no remunerados). También se hartaron de reconocer la ayuda prestada por los surfistas que frecuentemente salvan vidas en esas playas. En NZ pasa exactamente lo mismo que en cualquier lugar del mundo: el mar embravecido y a veces con aspecto inofensivo, para el surfista es normalmente una fuente de placer y adrenalina, pero para el bañista suele ser un peligro letal en muchos casos, sobre todo los más incautos. Ese día entré en el agua con un nudo en la garganta y tardé un buen rato en olvidarme de la tragedia. Rompían dos metros pasados, bastante huecos, sobre fondo de arena pero con una fuerza parecida a la del Brusco que hacía que la mínima cazada te pusiera las pilas.

En la isla norte el agua está fresquita pero no tanto como en el norte de España (necesitas 3-2mm en invierno y traje corto en verano). El clima es templado y llueve con frecuencia siendo muy equiparable al del norte de España pero quizá más caluroso durante los meses de verano.

En época de “migraciones” se pueden ver por la costa neozelandesa varios tipos de ballenas, desde la gran ballena azul a la clásica “marujona” de verano embutida en su bañador de “diseño”. Mi amigo Geoff me comentaba que dos meses antes, casi se mueren del susto él y su hermano al ver cuatro aletas de gran tamaño y negras como el carbón, que iban encañonadas hacia ellos. Su hermano ya los tenía de corbata porque acababa de llegar de J-Bay (Sudáfrica) donde tuvo un par de sustos con los tiburones. Todavía lo fliparon más cuando los bichos en cuestión dejaron ver parte de su cuerpo... con el corazón en un puño titubearon: kk-k-k-k-Killer ww-w-Whales! Permanecieron inmóviles mientras tres orcas (me niego a llamarlas ballenas asesinas) se acercaban a curiosear. Al rato desaparecieron y en ningún momento atacaron a los hermanos Constantine que siguieron surfear como si nada. El acojone fue apoteósico según cuentan. Seguro que alguno cagó el traje... ja ja ja. Me río ahora, pero cuando estaba por allí estuve ojo a vizar en todo momento por si había que salir por patas.

Por lo general, surfear en Nueva Zelanda no representa demasiados peligros: No hay tiburón blanco y las especies de tiburones que existen son inofensivas. Las olas suelen romper sobre fondos de arena y

ocasionalmente roca volcánica (muy parecido a Canarias); no sobre coral vivo. Si por cualquier cosa te vieses en un apuro, los nativos no dudan ni un momento en echarte un cable. No ocurre así en Hawaii o sitios masificados, en los que a veces te pasa algo y tienes que buscarte la vida por tus propios medios. Los kiwis son especialmente amables con los extranjeros ya que no van muchos por allá, pero si vas de listo y te pones a saltar olas o hacer interferencias pasa lo de siempre. Los surfers están muy unidos pero no son nada cerrados, se acercan a hablar contigo si ven que eres de fuera muchos te acogen como a un hermano. Es fácil integrarse en el ambiente y sentirse identificado con la gente al poco tiempo de llegar. Nueva Zelanda es un país que merece la pena visitar con tiempo.

Ojo al dato: En este país hay 63 millones de habitantes. 1'5 viven en Auckland, 1'5 viven por los pueblos o ciudades esparcidos por las islas y los 60 millones restantes son ovejas... je je je. Bueno, y hablando de animales os diré que hay alguno que otro autóctono que sólo se encuentra en estas islas: El Kiwi (pájaro peculiar, símbolo representativo pero "no" oficial de NZ), el Kakapo (el loro más grande del mundo), el Weta gigante (una especie de saltamontes del tamaño de un ratón), la Tuatara (reptil de linaje ancestral que se remonta a la época de los dinosaurios) y los Kea y Weka (bichos chungos). Algunos de ellos por desgracia se encuentran en peligro de extinción. –Quien os iba a decir que aprenderíais tanto leyendo una revista de surf ¿eh?– Bueno, lo que en definitiva quería contaros es que la isla norte concentra la mayor parte de la población surfera. Eso es debido a la temperatura del agua entre otras cosas, ya que en el sur es mucho más fría. Aunque se puedan encontrar surfers dispersos por las costas de todo el país, en Auckland y alrededores se concentra el mayor porcentaje. Los spots no son tan internacionalmente conocidos como Raglan (que está en el suroeste), pero la gente de "la capital" cuenta con olas de mucha calidad. Aparte de tener varias playas relativamente cerca, surfean siempre con viento terral gracias a la corta separación entre la costa este y la oeste. En un tiempo aproximado de 20 minutos puedes cruzar (en coche) de costa a costa; Por tanto si sopla mal en el este, vas a la costa oeste y siempre pillas. En el oeste se encuentran los mejores spots y muchos más días glassy que en la otra costa. En el este se navega mucho más y es donde se lleva a cabo cada año la famosa regata de la Copa de América. Ese año compitió con nuestra bandera el velero "Bravo España". Estuve con parte de la tripulación en una especie de ciudad del regatista que había montado el ayuntamiento, pero por falta de tiempo no pude encontrarme con otro surfero de mi tierra y también regatista Cristóbal Piris; tampoco pude aceptar la invitación que me hicieron varios tripulantes para montar en el barco con el que estaban entrenando en esos momentos.

Exploré a fondo la zona noroeste de la isla norte donde las playas son muy camaleónicas, puedes estar en una playa de arena negra y en cuestión de kilómetros encontrarte playas de arena blanca. Me enseñaron varios spots de ensueño, a muchos de los cuales había que llegar caminando entre maleza, riachuelos y playas salvajes. Había lugares que parecían sacados de un cuento de hadas; Son muchos los directores de cine han sacado tajada de este paraje para aprovechar la espectacular escenografía y rodar varias películas. O'neills era uno de los spots de la zona con muy buenas olas, pero agitado por fuertes y feroces corrientes que te movían donde querían. Después de unos cuantos revolcones y remadas contra corriente fuimos caminando a Bethells Beach donde rompían olas de metro y medio pasado tan perfecto, que al salir del agua contábamos las rozaduras del traje de dos en dos. Ese día llegamos exhaustos a Auckland pero con una sonrisa de oreja a oreja recordando las olas que acabábamos de pillar, para rematarlo nos esperaba un festín típico Maorí preparado por la madre de Geoff.

Cualquier surfista que haya leído un poco, sabrá que una de las izquierdas más míticas de nuestro planeta se llama Raglan. Pues bien, esta pedazo de ola se encuentra unas dos horas y media al suroeste de Auckland. En los alrededores hay todo un gueto surfero en el que son frecuentes las bajas laborales los días que rompe bueno. Al llegar a Raglan un indio Maori nos dijo: *-De haber llegado ayer habríais cogido de 2 a 3 pies, faltan dos días para la nueva marejada. Seguid vuestra búsqueda por el camino de piedras que va dirección sur, en varios km encontrareis lo que buscáis-*. Como ya nos habíamos dado la gran columpiada hasta allá, no teníamos nada que perder, así que hicimos caso al indio y nos metimos por el camino chungo que sigue la costa a la vera de los acantilados. No dejábamos de toparnos con ovejas y animales atropellados por doquier. Al ver que llevábamos media hora sin encontrar nada estuvimos a punto de desistir, cuando de repente doblamos una curva y al otro lado encontramos una calita con cuevas a los lados y una playa larga y salvaje a su izquierda. En este lugar llamado Raupuke, rompía una derecha larga y constante que abría cual cremallera. Creo que nunca he tardado tan poco tiempo en ponerme el traje como aquel día. Al meternos al agua sólo había un indio y dos chavales que andaban bromeando y discutiendo por una ola –yo pensaba: hogar dulce hogar- Pronto me di cuenta que estaba lejos de casa, al ver a uno de los chavalitos clavar un aéreo tres60 delante de mis narices en su primera ola, mientras su colega cogía la siguiente de la serie y partiéndose de risa avanzó unos 20 metros con la tabla del revés (quillas para delante), acto seguido se hizo un pedazo de tubo como si nada. ¡Vaya nivel los niñitos!

Tímidamente nos metimos en el pico y empezamos a pillar olas como quien no quiere la cosa. Pronto cogimos confianza y ya no había forma de separarnos del pico, hasta que al cabo de dos horas le entró un arrebató al indio maori (local del spot) y con cara de animal y de pocos amigos no se pensó dos veces lo de “insinuarnos sutilmente” que despejásemos el pico. Como ya habíamos surfado un par de horas hasta la saciedad, nos fuimos sobrados. En esta derecha, las piernas se te cansan un huevo de tanto bordear, parece facilona con marea alta, pero en la media baja se pone cañera (partí la seta del invento de cuajo en una ola de la entreserie). Ese día no pude coger la mítica izquierda de Raglan pero os aseguro que la derecha de Raupuke no es moco de pavo.

No me voy a extender mucho más, porque es importante que descubráis Nueva Zelanda con vuestros propios ojos y creo que ya os he puesto los dientes bastante largos por hoy. Espero que en los párrafos anteriores hayáis podido captar alguna idea sobre lo que os espera al llegar allí, y que por lo menos os anime a descubrir en un futuro próximo ese maravilloso país. A continuación, termino el episodio con una serie de consejos útiles para el viajero chancletilla:

1. Antes de buscar un billete de avión barato, debes conseguir el visado “Working Holiday Visa for New Zealand” que tiene una validez de 12 meses. Este visado te permite trabajar legalmente a la vez que recorres el país. Currando a media jornada durante 3 días a la semana tendrás lo suficiente como para vivir otros 4 días (tampoco en el Hilton pero decentemente). Esta es una buena forma de conocer Nueva Zelanda, pero para conseguir el visado debes cumplir ciertos requisitos y solicitarlo con bastante antelación ya que se conceden muy pocos al año.
2. Si tienes algo de pasta y solo vas a surfear pasa al punto 4.
3. Si viajas sólo y no conoces a nadie en Nueva Zelanda, debes hospedarte en albergues juveniles (backpackers). Este tipo de sitios son el caldo de cultivo para conocer gente -viajeros y surfers-, emprender aventuras de verdad, encontrar trabajo legal o no tan legal, etc.
4. Si quieres estar un tiempo y pretendes conocer Nueva Zelanda a fondo, te interesa comprar una furgó de 2ª mano. Busca en los tablones de anuncios de los albergues o en los periódicos locales de 2ª mano.
5. Si quieres conocerlo en pocos días, más vale que lleves una cartera bien inflada, de lo contrario te aconsejo la zona de Auckland como punto de partida, desde allí puedes ir a surfear a varios sitios y los días que no haya olas puedes hacer una serie de actividades como:
 - Visitar el museo nacional (Auckland Museum): Está bastante bien y es muy instructivo si vas a viajar a posteriori por los Mares del Sur, además podrás ver danzas y cantos maories que impresionan un huevo. En el Museo Indígena tienes más de lo mismo.
 - Ver los muelles, una vueltecita en de rigor en ferry, conocer alguna isleta, lagos, parques, comer en restaurante exótico del downtown,...
 - Subir a lo alto del cráter del volcán Mt. Eden. Has de saber que Auckland está construida sobre 8 cráteres, imagínate la pila de volcanes que puede haber en todo el país. Desde lo alto del Mt. Eden hay unas vistas impresionante de toda la ciudad, si eso no te impresiona lo suficiente puedes tirarte de cabeza rodando hacia el medio del cráter y vas a flipar con la zumbada que pillas después de tantas vueltas.
 - Hacer una excursión por bosques y montañas, verás rollos que seguro que no has visto antes.
 - Si buscas farra nocturna más vale que hagas amigos rápido y encuentres fiestas particulares o lo llevas un poco chungo, la marcha se acaba muy pronto por ese lado del mundo.
6. Recuerda que las estaciones están cambiadas del hemisferio norte al hemisferio sur. Si quieres ir en verano ve a conocerlo en Navidad. Hace calor y llueve menos que el resto del año. Un traje 3-2mm nunca va a estar de más (en la isla sur quizá necesites un traje más grueso).
7. Por último, si tienes intención de ligar: Aprende algo de inglés y sobre todo a saludar con la nariz (los maoris lo hacen como los gnomos) je je je!

EN EL PROXIMO EPISODIO... FIJI